

El acuerdo de los partidos. Sobre todas las preocupaciones políticas dominaba felizmente un sentimiento nacional. Todos los jefes y candidatos comprendían que, en vísperas del centenario de la Independencia nacional, las instituciones públicas se sometían a una prueba de resistencia que exigía la acción común y la subordinación de toda ambición personal al interés general del país.

Los políticos supieron colocarse a la altura de las circunstancias y con rapidez desusada acordaron las bases de la convención para elegir el candidato a la Presidencia de la República, cuyo nombre debiera ser consagrado sin lucha en las urnas electorales. Sobre la base de la representación parlamentaria se fijaron las cuotas de los convencionales que cada partido debía llenar dentro de las categorías representativas de la voluntad popular previamente señaladas. Se convino también en una cuota especial para el partido demócrata.

Liberales, nacionales, liberales democráticos, radicales y demócratas, partidos que en conjunto representaban más del ochenta por ciento del electorado, firmaron el pacto y se prepararon a concurrir a la convención. Sólo quedaba fuera de ella el partido conservador.

El señor Sanfuentes era tal vez el único candidato que al entrar al cónclave, podía mirar la puerta que le permitiera salir con sus amigos, arrojarse de nuevo en brazos de los conservadores y librar la batalla electoral en campo abierto. Las posibilidades de

este recurso eran menores para el señor Edwards y sólo aplicables a una que otra personalidad liberal.

Edwards o Sanfuentes, tal parecía el dilema que la convención debía resolver. Se rumoreaba que entre ambos candidatos había intervenido un compromiso en el sentido de que uno u otro debía ser el elegido. Aquel que se viera con menor opción, debía ceder el campo y venir con sus elementos en ayuda del otro, para determinar la elección en su favor. La aplicación de un tal acuerdo era un golpe de muerte para todas las expectativas que pudieran albergar los liberales.

Las secretarías de los candidatos, señores Sanfuentes y Edwards, funcionaban con más actividad que la secretaría misma de la convención. No se podía perder un minuto. Mientras los candidatos visitaban y daban citas, sus secretarios llenaban, tal vez un poco al azar, los diversos formularios de cartas destinados a obtener la adhesión de los convencionales y a preparar, desde luego, la elección.

Las calles empezaron a tomar la animación de las grandes fiestas con la llegada de los representantes de las provincias que debían tomar parte en la convención. Conscientes de sus altas funciones y de la influencia que podían ejercer en los destinos de la patria, revestían un aspecto de gravedad y de circunstancias, procuraban orientarse cerca de los jefes de su partido, aprovechaban la ocasión de manifestar las necesidades de su región, indicaban las medidas que debían adoptarse para asegurar el éxito en las urnas, se sentían satisfechos de la afectuosa acogida que, por todas partes, les dispensaban, y orgullosos de tomar contacto con los grandes personajes dirigentes de la política.

La convención encerraba un enigma que cada cual trataba de descifrar, mientras otros preparaban la solución. Las gentes que venían de provincia quizá tenían prejuicios más hondos que los políticos santiaguinos, pero no nublaban sus ojos las telarañas de las intrigas, ni los impulsos de las pasiones no confesadas y mal reprimidas, ni sentían el acicate de la personal ambición. Sus observaciones serenas sorprendían, sus sugerencias, sencillas y lógicas, se presentaban como nuevos puntos de vista olvidados en el combate, la sinceridad de sus convicciones y de sus ideas, cultivadas en el silencio del campo o en el estrecho círculo de la

vida provincial, recordaban los principios y los programas y refrescaban los espíritus. Ellos soñaban con la gran visión de la patria allá en sus bosques y en sus trigales respirando el aire puro y dirigiendo los trabajos de la producción y sus ideas eran distintas de las que se conciben en un escritorio cómodamente amueblado, entre los humos del tabaco, en la conversación secreta e íntima que se avergüenza de la luz y teme el contacto del aire.

La conjunción de estos diversos elementos, daba a la convención un espíritu distinto y superior al que habrían querido atribuirle sus propios organizadores. La convención tenía un alma que no correspondía a ninguno de los partidos o grupos, que no se entregaba al servicio de determinadas ambiciones.

La convención reunía los colores de los distintos estandartes y con ellos formaba el emblema nacional. El bien de la república era su norma.

Chile iba a dar un alto ejemplo de su cultura política y de su civismo a la América Latina y al mundo.

El vicepresidente de Una nueva desgracia debía herirle aún. la república. El Vicepresidente de la República, don Elías Fernández Albano, víctima de una pulmonía, contraída durante los funerales de don Pedro Montt, seguía a la tumba a su constante amigo. El poder pasaba a manos del ministro del despacho más antiguo, conforme a las prescripciones constitucionales, que lo era el ministro de Justicia e Instrucción Pública, don Emiliano Figueroa.

¿No era esta circunstancia una indicación del destino sobre la posible solución del problema presidencial? Miembro del partido liberal democrático, representante en el gobierno de los intereses políticos del señor Sanfuentes, como lo fuera de los intereses económicos de don Claudio Vicuña, durante su destierro, hermano de don Javier A. Figueroa, ¿no sería el nuevo Vicepresidente un símbolo de unión entre liberales y liberales democráticos? El hecho de formar parte del gabinete, organizado por el propio señor Edwards y de haber sido su colega y amigo durante el gabinete Tocornal, así como las íntimas amistades que

cultivaba con miembros del partido nacional, permitirían esperar la adhesión en su favor de este grupo político.

Podía inscribirse su nombre como uno de los recursos en manos de los dirigentes para zanjar las dificultades.

La inauguración de la convención fue un acto solemne y hermoso. Los convencionales llenaban el recinto del Congreso, mientras unos se buscaban para formar sus grupos y elegirse sitios cómodos que les permitieran precenciar el espectáculo y que no estuvieran muy lejos de la urna en que debían depositar sus sufragios, otros, los agentes de los candidatos, recorrían la sala repitiendo las últimas instrucciones. Don Enrique Mac-Iver, caudillo radical, llamado a presidir la convención, agitando la campanilla puso término al rumor de las conversaciones y cada cual ocupó su asiento.

Las sencillas palabras de su discurso inaugural vibraron en la sala con toda la elocuencia que le daba su emoción y el agradable timbre de su voz. Al declarar abierta la primera votación de la primera serie, todos sentimos la impresión de que estábamos llamados a votar muchas veces y a pasar varias series.

En la primera votación, cada uno de los partidos saludó su bandera en la persona de uno de sus jefes. Pero en las siguientes, el desbande fue general, sin que nadie llegara a obtener la alta proporción de sufragios exigida por el reglamento para proceder a la proclamación del candidato. En vísperas de las votaciones eliminatorias los grupos se reunían para dar instrucciones que permitieran a sus candidatos seguir hasta las últimas votaciones de la serie.

Los sufragios de la convención se dividían entre los señores Sanfuentes y Edwards. Los candidatos que ensayaban los liberales, don Ismael Valdés Valdés, don Javier A. Figueroa, recogían menor número de sufragios. Los radicales mantenían inscrito el nombre de don Enrique Mac-Iver y los liberales se plegaban a él para evitar que se produjera resultado en las últimas votaciones, en espera de una transacción. Los demócratas seguían una política análoga, y cuando el reglamento les obligaba a abandonar el nombre de su jefe, don Angel Guarello, distribuían sus sufragios entre los demás candidatos para evitar el resultado.

El cumplimiento del pacto, atribuido a los señores Sanfuentes y Edwards de cederse recíprocamente sus fuerzas no podía realizarse. Una parte de la convención era suficiente para impedir que el acuerdo de ambas fuerzas produjera resultados; ella se reforzaría por los amigos de Edwards que no le seguirían en una cesión de sus sufragios a Sanfuentes y recíprocamente por los amigos de éste que no aceptaban la candidatura de Edwards.

Los embajadores, que las naciones amigas habían enviado para solemnizar las fiestas del centenario de la Independencia nacional, visitaban con frecuencia la sala de la convención para presenciar el interesante espectáculo de una lucha cívica, desarrollada en el recinto del Congreso, y en la cual participaban elementos que representaban más de tres cuartas partes de la opinión pública, que obraban libres de toda presión extraña, de toda influencia gubernativa y que estaban resueltos a dar la solución del problema presidencial.

Con todo, el interesante espectáculo no podía prolongarse indefinidamente sin riesgo de caer en el ridículo de la impotencia. Una transacción se imponía. Circulan diversos nombres y el ambiente de la convención comienza a impregnarse con esta idea. Mientras liberales democráticos y nacionales mantienen la posición de sus candidatos, los radicales y demócratas que tienen la llave de la convención, cierran sus filas o sueltan sus fuerzas, que se distribuyen en favor del uno o del otro, y producen siempre el resultado de evitar a ambos.

Corresponde a los liberales provocar la solución del dilema. Los dirigentes del partido pactan con el señor Sanfuentes y le ofrecen su concurso con la expectativa de que, si no resulta eficaz, el liberalismo democrático venga en apoyo de un candidato liberal. El juego es peligroso; sin embargo, la reunión de convencionales liberales aprueba la acción de sus jefes y la mayoría se dispone a votar por el señor Sanfuentes. La corriente del partido, que prefería al señor Edwards sobre el señor Sanfuentes, y la solución liberal venida de manos de nacionales y de radicales, a la solución que impondrían los liberales democráticos, salta la valla del acuerdo del grupo y se dispone a salvar al partido del grave peligro en que le colocan sus dirigentes.

La unión, procurada con tanto celo, se ha quebrantado. No encuentra ya en ella sus fuerzas el partido. La dirección no sólo ha plegado la bandera, se ha pasado con armas y bagajes al campo enemigo. La minoría del partido, sin organización, sin jefe, no se desalienta y busca la solución liberal que ha de salvar el prestigio de la convención y asegurar el bien del país. Del lado nacional escucha voces que le indican que los nombres de don Ismael Valdés Valdés, de don Juan Antonio Orrego y del joven diputado, don Jorge Matte, pueden reunir los sufragios del partido y las simpatías del señor Edwards.

Mientras la mayoría de los correligionarios acude a las urnas a depositar sus votos por el señor Sanfuentes, sacrificando sus convicciones y sentimientos a la fuerza de la disciplina, un grupo reducido vota por don Juan Antonio Orrego, colocando su nombre como enseña de reunión de radicales, liberales y nacionales.

Las votaciones de la mañana terminan arrojando una gran suma de votos en favor del señor Sanfuentes; el apoyo liberal ha sido eficaz; sólo faltan unos cuantos sufragios para completar la proporción exigida para proclamarle; ellos se producirán en las votaciones siguientes. La situación es de enorme expectación. La solución se aproxima. El entusiasmo en las huestes liberales democráticas contrasta con una especie de pánico en el resto de la asamblea. Se agitan los recuerdos, se abren los ojos como saliendo de una pesadilla, se vuelve del vértigo de la lucha.

Ya en las sesiones de la tarde el señuelo liberal ha producido sus efectos. En vano la dirección del partido liberal reitera las órdenes de votar por el señor Sanfuentes. No producen efecto ni los agradecimientos del candidato, ni sus declaraciones en favor de la unión del liberalismo. Aumentan algo los sufragios en favor del señor Orrego, pero disminuyen considerablemente los votos en favor del señor Sanfuentes. Los radicales mantienen en lista el nombre de don Enrique Mac-Iver y los nacionales le prestan su concurso.

Los demócratas declaran que ellos cerrarán sus filas para terminar votando por aquel candidato que obtenga la mayoría de los sufragios de la asamblea. El nombre del señor Mac-Iver llenaría esta condición si contara con los votos de los liberales disi-

dentes. Estos aceptan la petición de los radicales y se produce el acuerdo demócrata en su favor. Don Enrique Mac-Iver tiene todas las probabilidades de resultar elegido en la votación siguiente.

Esta vez la alarma se produce en el campo liberal democrático. La votación ha terminado, el escrutinio va a comenzar. La elección de don Enrique Mac-Iver puede producirse. La proclamación de un radical sería una solución absolutamente imprevista y contraria a las finalidades de armonía que habían determinado el concurso de voluntades consagrado en el pacto. El comité liberal democrático pide la suspensión del acto en que está empeñada la convención. Don Enrique, presidente de la asamblea, accede a esta petición y puede guardar durante su vida la satisfacción de haber destruido por su propia mano, en aras del interés general del país, la posibilidad de llegar a la suprema dirección de sus destinos. Había un poco de ilusión en este generoso desprendimiento; la votación, una vez más, no habría producido resultado.

El señor Sanfuentes y su grupo correspondieron a la adhesión que le habían prestado los liberales y propusieron a la convención una lista de personalidades de este partido como soluciones posibles del problema presidencial que contaban, de antemano, con su apoyo. No tenemos a la mano dicha lista, pero sí recordamos que en ella figuraban los nombres de don Vicente Reyes, don Ramón Barros Luco, don Ismael Valdés Valdés, don Javier A. Figueroa, don Luis Barros Borgoño, don Juan Antonio Orrego, etc.

El liberalismo reconquistaba su derecho casi divino al solio presidencial. Los nombres propuestos serían examinados por los diversos grupos y, al día siguiente, en una reunión general de los comités de todos los partidos se produciría el acuerdo definitivo.

La reunión celebrada en una de las salas del Senado fue breve y positiva. Analizados los diversos nombres, el partido liberal democrático propuso el acuerdo unánime en favor de don Ramón Barros Luco. La proposición formulada por don Juan E. Mackenna, mereció la aceptación general. La actitud del partido liberal democrático en favor de la candidatura de don Ramón Barros Luco, uno de los miembros de la Junta revolucionaria de 1891, podía mirarse como una prueba de la sinceridad

con que deseaba borrar los recuerdos ingratos y contribuir a la unificación del liberalismo.

El partido radical había perdido, en 1901, la posibilidad de designar al candidato a la Presidencia de la República, y ahora, en condiciones aún más favorables, se le escapaba de nuevo de las manos, y era el partido liberal democrático quien asumía, otra vez, el papel de árbitro de la convención, asegurándose su influencia en el gobierno futuro. Tal vez el radicalismo había exagerado su confianza en la remota expectativa de que la convención pudiera favorecer a uno de sus hombres. Quizá su propia organización le impedía los movimientos rápidos que siempre resultaban ventajosos para el liberalismo democrático, sometido a una sola dirección con amplias facultades.

La decisión del partido demócrata, de última hora, en favor del señor Mac-Iver, no había producido otro resultado que el de provocar la resolución final reservándole en ella sólo una participación subalterna.

El acuerdo de los jefes fue ratificado por todos los grupos liberales como una feliz solución. Los jefes radicales y demócratas tuvieron que esforzarse para obtener la aprobación de sus correligionarios. Mac-Iver hizo valer su amistad personal con el candidato como una garantía suficiente para el radicalismo. Se produjo el acuerdo de todos los partidos. En la tarde, la convención celebró su última sesión. Don Ramón Barros Luco fue elegido casi por unanimidad como candidato a la Presidencia de la República y se designó una comisión que fuera a su casa a comunicarle tan honrosa designación.

El candidato de la convención. Don Ramón Barros Luco, ya muy anciano, había asistido a las primeras sesiones de la convención y no había vuelto a ella. Desde el otoño de 1907, en que don Pedro Montt le había consultado sobre la solución de la crisis ministerial y había querido ofrecerle la organización de un gabinete, no se le había visto en la Moneda interviniendo en la dirección de los negocios públicos con su consejo. En octubre del mismo año asistió a la convención del partido liberal, tomó parte activa en los debates, pronunció notables y sencillos discursos, abogó por la acción autónoma del liberalismo,

ligado a su propio programa y no a las combinaciones transitorias de alianza liberal conservadora o de coalición radical liberal, transponiendo los términos usuales para determinar sus analogías. Después no figuró como candidato en las elecciones de 1909 y se concretó a sus actividades sociales y económicas, sin mezclarse en los movimientos políticos. Más adelante nos ocuparemos de su personalidad.

Seguramente, la noticia de su proclamación no le sorprendió; no manifestó por ella una emoción muy viva y, sin pedir un plazo para preparar un programa, se dispuso a acompañar inmediatamente a los jefes de los partidos a la sala de la convención.

Tenía el sentimiento de que llegaba a un puesto que le esperaba desde hacía algún tiempo. A lo sumo, allá en su interior, pensaría que habrían hecho mejor en elegirle algunos años antes, cuando se sentía más vigoroso.

No le conmovieron tampoco los aplausos con que le recibió la asamblea. Atravesó la gran sala con paso tranquilo y reposado, y en lugar de leer algunas páginas, en sencillas frases improvisadas, agradeció a los convencionales el homenaje que le rendían y la confianza que depositaban en sus manos. Se refirió, en términos generales y vagos, a las necesidades de la nación y a sus propósitos de bien público. Levantó su voz para decir que en aquel mismo sitio, don Germán Riesco, había declarado que su gobierno no sería *amenaza para nadie* y que él reemplazaba esta fórmula diciendo que su administración sería de *garantía para todos*.

El nombre de don Ramón Barros Luco conservaba todo el prestigio que le dan sus condiciones de carácter, de talento y larga vida de servicios públicos. En ese momento tenía la rara virtud de reunir todas las voluntades dentro de aquella grande asamblea en que estaba genuinamente representada más de las tres cuartas partes de la opinión pública. Al día siguiente, el partido conservador, que había quedado fuera de la convención, le ofreció su concurso.

La convención había dado un alto ejemplo de civismo y de cultura. Había sabido encontrar al hombre que reflejaba sus aspiraciones. Se había demostrado capaz de sobreponerse a todas

las consideraciones de orden subalterno y había elegido una personalidad que unía el alma nacional.

El candidato de la convención liberal era el candidato de todos los chilenos.

La solución del problema presidencial era digna del prestigio de la república.

La elección presidencial. El país celebró en medio de la más agradable calma política el centenario de su Independencia y pudo mostrar, con legítimo orgullo, al Presidente de la República Argentina y a los embajadores de las naciones amigas, este elevado ejemplo de su cultura, patriotismo y buen sentido.

Pasadas las fiestas, era necesario llenar las formalidades prescritas por la Constitución y las leyes para el acto electoral. El mayor esfuerzo de los partidos se dedicó a obtener el funcionamiento de los organismos electorales, que funcionaran las mesas y acudieran los electores a las urnas. El acuerdo unánime excluía todo entusiasmo. Los candidatos a electores fueron elegidos con cifras mínimas de sufragios. Los colegios provinciales procedieron a la designación del Presidente, sin dificultad alguna. El Congreso pleno calificó la elección y procedió a la proclamación de don Ramón Barros Luco como Presidente de la República por el período constitucional 1910-1915. Se alteraba ahora la fecha de la transmisión del mando, que no se había cambiado con motivo de la revolución de 1891. El período presidencial empezaba a correr el 23 de diciembre y ese día se efectuaría la transmisión del mando supremo.

Todo pasó dentro de la calma y del orden, dignas del respeto debido al anciano servidor público que, en el ocaso de su vida, era llamado por el país entero al ejercicio de la Primera Magistratura de la República.